

Las funestas vacaciones de José Miguel Insulza

La famosa frase de nuestro Senador Escalona, calificando de “explotadores y chupasangres” a los malos empresarios que utilizan cualquier subterfugio de la ley para negar sus derechos esenciales a los trabajadores, no dejó indiferente a nadie. Los socialistas y los dirigentes sindicales lo hemos respaldado sin vacilación, convencidos de que se está refiriendo a una realidad que se puede tocar con las manos. Algunos empresarios inescrupulosos y una parte de la derecha, aliados como nunca, han puesto el grito en el cielo.

Pero a la misma hora que Escalona hacía estas declaraciones, otro socialista preparaba sus maletas para regresar a su trabajo en USA. Había venido de vacaciones a Chile, y vaya que se las tomó. En pocos días logró reunirse con autoridades, dirigentes, amigos y muchos, pero muchos periodistas, con un único propósito: que quedara claro que él estaba “disponible para un desafío presidencial”. Y a cinco meses de haberse iniciado el gobierno de la primera mujer Presidenta de la historia de Chile, hubo quienes ya proclamaban a un sucesor. Y por tanto lo único que logró esta insólita proclamación, fue despertar a los ambiciosos y ambiciosas, capaces a su vez de estar incluidos en la lista de presidenciables.

En función de lo anterior es natural que un opositor, que le niega la sal y el agua al gobierno de Michelle Bachelet, como el Senador Pablo Longueira, declare fenecido su gobierno a sólo meses desde la toma de poder. A su vez tampoco nos puede extrañar que la Democracia Cristiana, que difícilmente aceptaría un nuevo gobierno socialista, levante críticas a la Presidenta de la República. Nada de raro que Soledad Alvear aproveche su expectable y respetable lugar en las encuestas de opinión pública para catapultarse como sucesora de nuestra compañera, Michelle Bachelet. Más hábil, el otro presidenciable, Eduardo Frei Ruiz-Tagle, se presenta como un consejero leal y prudente del gobierno. Pero la presencia de José Miguel Insulza en el Consejo General del PS terminó convirtiéndose, de manera más inducida que espontánea, en una especie de proclamación de su candidatura presidencial de nuestro partido, sin ninguna consideración por la opinión de los militantes y los órganos facultados para tal fin

Por tanto nadie cree en las famosas vacaciones del Secretario General de la OEA, que son las más trabajadas, regadas y comidas, que se conozcan. Es comprensible que quiera retornar a la patria, después de tan ajetreadas tareas diplomática. Pero es menos comprensible ayer y hoy el que apenas el ex ministro atravesara las puertas del antiguo Congreso Nacional, recibiera el aplauso cerrado de un sector de los miembros del Comité Central ampliado, que en esa oportunidad que parecía más bien una especie de apoteósica proclamación de candidatura prematura. Lo curioso es que muchos parecían no recordar que este mismo ex ministro fue abucheado cuando defendió el derecho de los Tribunales chilenos para juzgar a Augusto Pinochet, salvándolo de la justicia y en particular de la justicia internacional. Los últimos hechos criminales y de malversación de fondos públicos, llevados a cabo por el exdictador, prueban lo errado de la tesis del ex ministro del Interior.

En el partido socialista siempre han existido grupos, fracciones, llamadas hoy, siúticamente, sensibilidad. José Miguel forma parte de una de ellas: la de los ex militantes de un partido que siempre han tenido un exacerbado amor por el poder. A este grupo se suman, en la actualidad, los seguidores y colaboradores del gobierno de

Ricardo Lagos, que se sienten marginados del poder por el equipo de la Presidenta Bachelet. ¿Acaso creían que los puestos públicos eran eternos, como si fuera su coto personal de caza? Desde hace meses, despechados, comenzaron a crear Fundaciones y grupos de reflexión, o a ocupar directorios de empresas privadas. Obviamente, a su vez, actualmente los amigos de José Miguel lo aplauden e incitan para que se proclame como candidato; aún así nadie en Chile le cree el “no debo, ni quiero, ni puedo”. Así entonces no satisfecho con los aplausos de sus amigos incondicionales, Insulza busca dialogar con Joaquín Lavín repartiéndose, sendas apologías sin ningún pudor: Joaquín, ditirámbicamente, coloca a José Miguel Insulza el título de “gran estadista” y, este a su vez, le recuerda que luego será “repicado por bichito de la política” para el bien de la patria. Como decía Nicanor Parra, “la izquierda y la derecha unidas jamás serán vencidas”. Afortunadamente, este minuet versallesco sólo hace sonreír a los lectores de algunos diarios.

En este cuadro, un Senador tuvo la genial idea de invitar a una cena “de camaradería”, a los ex ministros de Lagos, cuya figura central fue José Miguel Insulza. Nadie tampoco cree que tan importantes personajes dedicaran parte de su ocupada agenda a recordar chascarros, anécdotas y éxitos del período en que gobernaron juntos. Es evidente que ésta era una más de las múltiples proclamaciones de las vacaciones de José Miguel Insulza.

Sin embargo, como siempre ocurre en estos casos, hay algunos patos de la boda en este periplo del Secretario General de la OEA: la primera, la Presidenta, Michelle Bachelet, que quedó sola, luchando con los conflictos sociales y la dificultad de encontrar una coherencia en su gabinete ministerial; la segunda, es la política, actividad digna, que es mirada con recelo por la ciudadanía, cuando se convierte sólo en tecnocracia, burocracia y, sobre todo, farándula; por último, el partido socialista que, como el rey desnudo, se presenta desprovisto de dignidad, prestándose para juegos de muy bajo vuelo doctrinario y moral.

No podemos concebir la política como técnica de poder: sin ética, sin sueños, sin proyectos, sin solidaridad, sin lealtad, aislada y alejada del movimiento social, elementos sin los cuales el gobernar se transforma en una tarea burocrática, en la cual reinan los ambiciosos y tecnócratas, incapaces de anticiparse a los conflictos y visualizar las necesidades de los sectores más desfavorecidos. Lamentablemente, nuestro Partido se desenvuelve en los pasos perdidos de un Estado encapsulado que, cada día más, parece observar impertérrito como se agranda la brecha entre los satisfechos del mercado y los pobres, excluidos y marginados. Con todas las diferencias históricas asistimos, ad portas del Bicentenario, a los mismos dos Chiles de 1910, fecha del primer Centenario.

La comisión de reforma previsional, ya lo sabemos, nos ha propuesto por una parte cambiar el sistema de previsión privada y por otra el que los avances solidarios sugeridos se alargaran en el tiempo. Para qué hablar de la comisión Boeninger, hoy enterrada. Y entonces hoy escuchamos una muy buena propuesta acerca de un plebiscito no vinculante, pero entonces por qué no hacemos el milagro completo y aprovechamos la ocasión para preguntarle al pueblo sobre una Constitución, verdaderamente democrática, que termine con el gobierno tutelado y abra paso a la democracia; si pedimos milagros, no lo hagamos a medias, sino completo. En ese mismo sentido tampoco nos interpretan las posiciones de nuestros dirigentes en el conflicto de la Escondida, sólo limitándose a arbitrar entre los trabajadores y las multinacionales, hoy

archimillonaria por el precio del cobre. La BHP Billiton, de capitales australianos-británicos, se niega a acceder a las justas reivindicaciones de los trabajadores. Incluso, hay abogados del Partido que se han convertido en hábiles defensores de los intereses de las transnacionales, lo que no sería tan grave si además no anduvieran pidiendo aplausos de toda la izquierda por sus trabajos encomendados por algunos empresarios avaros.

¿Dónde está entonces el Partido Socialista en todos estos conflictos? No seguiremos viviendo, después de años de transición a la democracia, en el Chile de la dos derechas ante el regocijo de los autocomplacientes de la Concertación. Creemos que ha llegado el tiempo de rectificar y conectar el Partido con la sociedad civil, ser parte de los anhelos de quienes sufren la miseria en este Chile enriquecido y triunfador, y dejar de lado a algunos de los tecnócratas de la política, que no sienten, ni ven, ni entienden los dramas cotidianos de los ciudadanos.

Diputados del Partido Socialista,

Sergio Aguiló

y

Marco Enríquez-Ominami